

de Valladolid en no menor medida que al autor de Don Julián. ■ LUIS ALFONSO DIEZ.

En memoria de Alfonso Costafreda

Con motivo de la aparición del libro póstumo de Alfonso Costafreda, *Suicidios y otras muertes*, editado por Ocnos, se reunió en la librería Tramontana, de Madrid, un grupo de los que fueron amigos del poeta. La reunión no fue muy numerosa, unas veinte o veinticinco personas, las que puede convocar un poeta injustamente olvidado, como Alfonso Costafreda, pero tuvo una sencilla y honda emotividad, y en ella se dijeron algunas cosas importantes.

Alfonso Costafreda nació en Tárrega (Lérida) en 1926, y ha muerto este año de 1974 en Ginebra. Su poesía se adelantó en varios años a la de sus compañeros de generación: Carlos Barral, Jaime Gil de Biedma, José Agustín Goytisolo, José Ángel Valente, Jaime Ferrán, José Manuel Caballero Bonald y otros poetas. Obtuvo el Premio Boscán de Poesía en 1949, con su libro *Nuestra alegría*. Posteriormente aparecieron sus libros *Ocho poemas*, en 1951, y *Compañera de hoy*, en 1967. El libro que acaba de aparecer está escrito tras un largo paréntesis de silencio, fruto de una súbita inspiración, de una trágica reflexión que desde hacía años venía empujándole a la muerte. Se ha dicho, incluso se ha escrito, que Costafreda se suicidó. No es exacto, y Carlos Barral, que fue su amigo más íntimo, explicó que el suyo había sido «un suicidio preterintencional», un accidente, aunque, como lo sugiere ya el título de su último libro, la idea del suicidio, de la voluntaria aparición ante la muerte y ante la nada, flotaba desde hacía años en la mente del poeta. Jaime Ferrán recordó que Costafreda había dedicado sus

mejores poemas a poetas que se suicidaron: Hart Crane, Gabriel Ferrater, Paul Celan, Sylvia Plath...

Tuve de mi existencia la imagen que me [daba el temor de la muerte. Salí de un laberinto donde todo era enorme. Salí, así lo espero, de una vida grotesca.

había escrito Alfonso Costafreda, de quien Vicente Aleixandre dice en el prólogo de *Suicidios y otras muertes*:

«Había escrito poco. ¡Pero cuán arrancadamente! ¡Con cuánta fatalidad asoladora! Hasta que se acercó el final. Su inquietud, su desazón, su destrucción continua, cavaron en su alma, de repente, un veneno...». Y recordando la última visita que le hizo Alfonso, dice: «Era el mismo muchacho de hacía veinticinco años. Pero estaba frente a otro más. El presente, después. Y yo lo presenté: el escritor de sus versos finales (yo no podía llamarlos finales), pero el poeta verdadero que estaba justificado, presente, representado, con una ardiente voz donde la vida es el borde de la muerte, la conciencia de su consecución».

Estaban presentes, entre otros, en la reunión de Tramontana, Juan García Hortelano, Enrique Badosa, José Luis Cano, José Manuel Caballero Bonald, Laly Soldevila, que leyó unos

poemas de Costafreda, además de Ferrán y Barral. Jaime Ferrán describió su última conversación con Alfonso con motivo de la lectura que éste hizo del libro que acaba de aparecer en la cátedra de la Universidad de Syracuse que Ferrán dirige. Enrique Badosa glosó unos versos de Costafreda que dan la clave profunda de su poesía:

Obseso en la pregunta [estoy. Existir a través de las [palabras, vocación insolente.

José Manuel Caballero Bonald evocó su amistad con Alfonso, y Carlos Barral hizo lo que podría llamarse una «confección generacional»: «Hemos sido nosotros mismos, los poetas de la generación a la que Costafreda pertenecía, y a la que se adelantó en 1949, los que le hemos excluido, los que le hemos desterrado de las antologías». Dijo que aun cuando él y otros de sus compañeros generacionales habían hecho individualmente todo lo posible por remediar el silencio que envuelve la obra de Costafreda, en parte debido a su alejamiento físico de España, pues vivió durante muchos años en Ginebra, donde trabajaba para un organismo internacional, sin embargo, su generación había sido culpable de ese silencio. Explicó que Jaime Gil de Biedma, que no había podido acudir al acto de Tramontana,

le había encargado que hiciera de su parte una confesión que es muy del estilo del autor del *Diario de un artista seriamente enfermo*. Cuando Castellet preparaba su famosa antología de la poesía española contemporánea, que fue la antología de esta generación de poetas, Gil de Biedma, molesto por algunos sarcasmos que Costafreda había hecho sobre su propia poesía, recomendó a Castellet que no lo incluyera.

Así transcurrió el acto de Tramontana. Fue algo más que una lamentación por el «destierro» de Alfonso Costafreda de la historia de la poesía española. Fue sobre todo un acto de recuperación, para decirlo en frase que el mismo Costafreda escribió a propósito de otro poeta, «de la obra viva, aun más viva ahora, de un gran poeta destruido». ■ L. C.

Francia: premios literarios

PARIS.—Estamos en plena zarabanda de los premios literarios. Cada año se repite el mismo proceso, se emiten idénticas consideraciones sobre su oportunidad y sobre las decisiones de los Jurados; la crítica de este tinglado editorial es tan monótona ya como el mismo montaje, así que resignémosnos a un mal quizá necesario y pasemos a dar noticia de la atribución

de los dos premios más importantes.

Empecemos por el Goncourt. Recayó en Pascal Lainé, que ya había obtenido el Médicis en 1971 con *La irrevolución*. Entonces se reveló como un novelista atento a las circunstancias y al humor de la vida contemporánea, a sus contradicciones y a sus inevitables ambigüedades. Ilustra la agudeza de los conflictos —particularmente los que surgieron después de mayo del 68— con trazos satíricos y rabiosos. En su novela que le vale ahora el Goncourt, titulada *La encajera*, Pascal Lainé sigue interrogándose sobre los motivos del desorden permanente y pérfido, sobre la transformación de los deseos en frustraciones y sobre la sumisión de los humildes a un destino que consideran inevitable.

Manzana (porque tenía las mejillas redondas y brillantes), principal personaje de la novela premiada —corta y escrita en estilo directo—, vive en un pueblo del Norte de Francia una existencia pobre, pero que ella logra hacer feliz por la humildad de sus deseos. Su madre (el padre las abandonó) trabaja en un bar, y se prostituye sin complejos para llegar al fin de mes. Las dos mujeres se asemejan por su indiferencia ante el destino, por su forma de vivir y por su inaptitud a convertirse en personajes de novela. Son seres que no pueden expresarse ni ser expresados. Madre e hija vienen a París, y Manzana trabaja en un salón de peluquería. Todo el mundo la aprecia por su sencillez y carencia de ambiciones. Un buen día, durante una estancia en la costa normanda, Manzana conoce a un estudiante, algo aristócrata y tímido, como ella. Se enamoran y viven juntos en París. Pero a medida que transcurren los meses y se presentan los tópicos hogareños, el joven comienza a cansarse de ella; no soporta ya su silencio, su sumisión, su presencia sin dobleces —ese rostro liso en el que no puede

leer nada—. Cuando le anuncia que el idilio ha terminado, Manzana, después de la última nota de una sinfonía de Mahler, friega los platos de la cena, hace la maleta y se va más silenciosamente que nunca. Silenciosa, pero herida de muerte. Después de la ruptura, el destino de Manzana no sigue la línea indecisa que se podía esperar. Se derrumba, se borra de la vida. Años más tarde, el antiguo estudiante la visita en un asilo psiquiátrico, donde sobrevive. La narración pasa bruscamente a la primera persona, como para hacernos una confidencia. Quizá el narrador se sienta culpable y trata de eludir los remordimientos. Cuenta la sonrisa de la encajera con una ternura casi materna: «Me pareció que había adivinado mi angustia y que se apiadaba de mí».

Pascal Lainé es un militante feminista, y su novela es un acto más de su lucha: «En 1972 —dice— hice, con veinte colaboradores, una gran encuesta por toda Francia. Interrogamos a mil cien mujeres. Esta novela es el resultado de dos años de reflexiones sobre los documentos que recogimos».

Georges Borgeaud, autor de *Viaje al extranjero* (Premio Renaudot), había salido del anonimato (para volver a él) en 1952, cuando se le concedió el Premio de la Crítica por su novela *El patio*. Curioso destino: Recabar premios cuando se es el hombre más discreto del mundo y menos preparado para recibir honores. Pero no está mal que en una época de facilidad y de escepticismo se recompense a un esteta y a un moralista. *Viaje al extranjero* es una obra insólita en la literatura actual, que nos lleva a recordar el estilo límpido de Nerval o de Rousseau, por quienes Borgeaud —suizo, residente en Francia, como Juan Jacobo— tiene una admiración declarada.

Y algo rousseauniano hay en la vida de Jean Noverraz, que cuenta en *Viaje al extranjero*: El prior de un convento de

